

Filosofía de la religión

Filosofía de la religión
Historia, contenidos, perspectivas

Manuel Fraijó

E D I T O R I A L T R O T T A

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Cultura y Deporte



COLECCIÓN ESTRUCTURAS Y PROCESOS
Serie Religión

© Editorial Trotta, S.A., 2022
Ferraz, 55. 28008 Madrid
Teléfono: 91 543 03 61
E-mail: editorial@trotta.es
<http://www.trotta.es>

© Manuel Fraijó Nieto, 2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



ISBN: 978-84-1364-076-1
Depósito Legal: M-13010-2022

Impresión
Grupo Gráfico Gómez Aparicio

*A Javier Muguerza,
siempre en el recuerdo.
Con emoción y gratitud.*

CONTENIDO

<i>Contenido</i>	9
<i>Prólogo</i>	11
1. Estudio introductorio	19
2. Precursores e iniciadores de la Filosofía de la religión	41
3. A la búsqueda de una definición	65
4. Estudio positivo del hecho religioso	111
5. Aproximación fenomenológica al hecho religioso	145
6. Fenomenología aplicada	159
7. Religiones místicas y sapienciales	213
8. Religiones monoteístas	263
9. Los tres grandes filósofos de la religión	297
10. Otros filósofos de la religión (selección)	347
11. La religión ante sus críticos. Reflexión de conjunto	445
12. A modo de epílogo: contra los fundamentalismos	455
Apéndice. La Filosofía de la religión en España	465
<i>Índice de nombres</i>	519
<i>Índice de materias</i>	529
<i>Índice general</i>	573

PRÓLOGO

El autor de este libro editó, en el lejano 1994, la obra *Filosofía de la religión. Estudios y textos*, publicada por esta misma editorial. Aquel volumen fue posible gracias a la generosa colaboración de un buen número de especialistas en sus respectivas áreas de conocimiento, todos ellos buenos amigos. Nunca olvidaré, por ejemplo, las frecuentes llamadas telefónicas de nuestro poeta bueno y solidario José María Valverde, ya muy enfermo, asegurándome que «le daría tiempo» a terminar su capítulo, el dedicado a S. Kierkegaard. Efectivamente, le dio tiempo y nos legó un precioso texto. Poco después, el 6 de junio de 1996, falleció. Recuerdo la ilusión con la que él y los demás colaboradores saludaron la publicación del libro. Ilusión que, obviamente, fue compartida por todo el equipo de la editorial Trotta.

Aquel texto ha servido de referencia a los alumnos de Filosofía de la Religión de la UNED y, probablemente, dado que ha conocido ya cinco ediciones, a los interesados por la Filosofía de la Religión en España y en algunos países de América Latina. Agradezco a la actual docente de la asignatura, la profesora Sonia E. Rodríguez García, que continúe manteniendo esta obra como texto de referencia para los alumnos de la UNED. Es una forma de rendir homenaje a los colaboradores del libro, algunos de los cuales ya nos dejaron. Con cierto sobrecogimiento constaté hace un tiempo que trece de ellos ya no están entre nosotros. La muerte ha aprovechado diligentemente la edad del libro, un cuarto de siglo, para hacer su imparable trabajo. Los últimos en marcharse, víctimas ya de la pandemia del coronavirus que nos azota sin tregua, han sido Juan Martín Velasco, nuestro gran fenomenólogo de la religión, y Juan José Sánchez Bernal, con quien tuve la suerte de compartir la docencia de la Filosofía de la Religión en la UNED. A ellos, y a todos los que, en palabras de E. Trías, han emprendido ya «el más arriesgado,

inquietante y sorprendente de todos los viajes», se dirige mi recuerdo emocionado y agradecido.

La obra que ahora presento, *Filosofía de la religión. Historia, contenidos, perspectivas* es bien diferente, sobre todo porque tiene un único responsable. En ella intento aprovechar la experiencia y los materiales de muchos años de docencia universitaria en la UNED para volver a decirme a mí mismo, y a los potenciales lectores, qué se entiende por Filosofía de la religión. No es tarea sencilla, ya que se trata de una criatura relativamente joven y con no demasiados cultivadores. Estamos todavía en periodo de tanteos o, como gustaba decir a los románticos de todos los tiempos, de «barruntos». De ahí la opción por el subtítulo *Historia, contenidos, perspectivas*. El principal objetivo es ofrecer información sobre los avatares de esta nueva disciplina. Abrigo la esperanza de que, como asegura Martin Buber en sus *Relatos casídicos*, contando la historia se llegue al meollo último del asunto. El libro es, en este sentido, una pormenorizada narración de las peripecias de la reflexión filosófica sobre la religión. También se hace sitio, aunque en menor medida, a la reflexión teológica. Ambas, la filosofía y la teología, caminaron durante siglos de la mano. Es verdad que también abundaron las demandas de divorcio, pero en la esfera de la Filosofía de la religión no parece fácil, necesario, ni beneficioso, afrontar los costes de una separación rigurosa entre filosofía y teología.

No comencé a escribir este libro sabiendo qué es Filosofía de la religión, sino mirando a los grandes maestros con sincera voluntad de escuchar sus voces. Fueron ellos los que nos precedieron en la indagación de este incipiente saber. Al concluirlo constato que, probablemente, solo he ofrecido al lector lo que Nicolás de Cusa llamaba *docta ignorantia*, es decir, un no saber ilustrado, una ignorancia que, como deseaba Hegel, se ha sometido al «esfuerzo conceptual». Se trata de una ignorancia que ha pasado por las aulas del saber y ha adquirido conciencia crítica de su «no saber». Ortega y Gasset sostenía, incluso con cierto entusiasmo —era un gran admirador de Nicolás de Cusa—, que la *docta ignorantia* era la mejor definición que él conocía de la ciencia. Como tantas otras veces, parece que nuestro filósofo madrileño dio en el clavo. Es posible que ninguna ciencia, ni siquiera las llamadas «duras», ande lejos de la humilde constatación del Cusano. Nuestra finitud nos impide conocer por completo nada de lo que nos circunda. Nos alimentamos de aproximaciones inseguras y titubeantes. La verdad última, incluso la referida a los objetos más familiares y cercanos, se nos escapa, sobre todo en el ámbito, tan impreciso, de las llamadas «ciencias del espíritu», en las que se encuadra la Filosofía de la religión. Como reiteraba W. Dilthey, los pronunciamientos fuertes sobre la verdad última de las cosas solo serán posibles al final de la historia del mundo, una vez doblada la última curva.

Los lectores de estas páginas se asomarán a una amplia galería de esfuerzos intelectuales que comenzaron en los preámbulos de la Ilustración europea y llegan hasta nosotros. El libro se estructura en doce capítulos y un apéndice. He aquí una breve información sobre su contenido.

El *capítulo primero*, el «estudio introductorio», ofrece una panorámica, una visión de conjunto, sobre los temas y pensadores que nos saldrán al encuentro en los restantes capítulos. Ya desde el comienzo se saluda a los tres invitados principales: Hume, Kant y Hegel. Nos volverán a salir al encuentro insistentemente. Se ofrecen unas primeras pinceladas sobre su aportación. Y también se tiene un recuerdo para los ausentes, para los que tal vez debieron figurar y, por los motivos que se aducen, no lo han logrado. Son importantes, o pretenden serlo, las páginas que se dedican a «cavilar» sobre lo histórico y lo temático.

El *capítulo segundo*, el dedicado a los «precursores e iniciadores» pretende informar de que, a pesar de su tardía aparición en el ámbito académico, la Filosofía de la religión no fue una especie de relámpago instantáneo y pasajero. Al contrario: goza de una prolongada y apasionante nómina de pensadores que le fueron abriendo camino. Entre ellos figuran nombres tan egregios como los de Nicolás de Cusa, Leibniz, Lessing o Herder. Indirectamente, este capítulo es una especie de acercamiento breve a algunos clásicos de la historia de la filosofía.

El *capítulo tercero*, tal vez el más importante, se atreve ya —era obligado— con la «búsqueda de una definición» de Filosofía de la religión. Se empieza por lo «descriptivo», por los factores históricos que provocaron su aparición. Se destacan cuatro.

En primer lugar, el *giro antropológico*. Hegel lo constató certeramente: había cansancio de lo divino y anhelo de lo humano. La religión es asunto nuestro —los dioses no tienen religión— y había sonado la hora de que los humanos tomáramos la palabra.

Decisiva influencia tuvo, en segundo lugar, el *descubrimiento de otras religiones*. Si el cristianismo no era la única religión ¿cómo se relacionaba con las otras, con las recién descubiertas en lejanos países? ¿Debían gozar todas de los mismos derechos? ¿Eran todas igualmente verdaderas? ¿Era posible la salvación —el asunto principal de las religiones— en cualquiera de ellas? Se trata de un tema que solo una instancia crítica como la Filosofía de la religión, no comprometida con la obediencia a la revelación cristiana, podía afrontar.

En tercer lugar, y casi como consecuencia de lo anterior, se asistió, con cierta estupefacción, a la *quiebra del pensamiento dogmático*. Proliferó la diversidad no solo de religiones, sino de opiniones que afectaban a los dogmas y a la moral recibidos de la herencia cristiana. Y algo crucial: comenzó a tambalearse el argumento de autoridad. Para decidir sobre la verdad de determinados asertos religiosos, no bastaba ya con

preguntar a la Biblia y a la tradición, se imponía la necesidad de la argumentación. Se asistió, además, algo atónitos, a la sacudida que supuso la entrada en escena de la Reforma luterana. Ella marcó un antes y un después. Y, aunque muy tímidamente aún, el relativismo comenzó a hacer sus primeras escaramuzas en la esfera de las convicciones religiosas.

En último lugar, se produjo el *debilitamiento de la fe en Dios*. Todo lo anterior, sumado a una serie de conmociones políticas, sociales y económicas sacudieron ancestrales creencias y adhesiones incondicionales. La fe en Dios se comenzó a tambalear. La dificultad para encontrar al Dios verdadero se tradujo en una cierta facilidad para prescindir de él y vivir, como repetía D. Bonhoeffer, *etsi Deus non daretur*, como si Dios no existiese. Fue abriéndose paso una incipiente secularización, frecuente dama de compañía de la Filosofía de la religión.

Este capítulo tercero se atreve también con el abordaje de una definición «sustantiva» de la Filosofía de la religión. Se hace, como de costumbre, pidiendo ayuda a los grandes: Kant, Kolakowski, Rahner, Bloch y otros. Se concluye que la nueva disciplina no se distingue por un «temario» determinado —este puede ser muy amplio—, sino por un «estilo» de filosofar: libre, crítico, abierto, riguroso, sin vinculación dogmática con ninguna religión revelada. Y se recuerdan las ingentes tareas que sus estudiosos asignan a la nueva disciplina. La más desorbitada consiste en «ordenarle» que se ocupe del sentido último de la vida y de la muerte. Hay quien le pide que parta directamente del sufrimiento de los humanos. Así lo hace, por ejemplo, H. Peukert en su libro *Teoría de la ciencia y teología fundamental*. Esta obra, su tesis doctoral, recibió un encendido elogio de J. B. Metz, su director: afirmó que era el libro que a él le habría gustado escribir. La Filosofía de la religión y la teología fundamental abordan temas similares y trabajan con parecida metodología. Tal vez se podría afirmar que la teología fundamental es la Filosofía de la religión de la teología. Son dos buenas compañeras de viaje.

Por último: este capítulo recuerda también que existe la Filosofía de la religión «analítica» y la evoca contando otra vez sus célebres parábolas de Oxford de los años cincuenta del siglo pasado. Son muy conocidas, pero no pueden faltar en un libro de Filosofía de la religión. Su carácter gráfico les confiere un atractivo especial. Abordan el espinoso asunto del género de «verificación» aplicable a las afirmaciones referidas al ámbito religioso. Se atreven incluso a afrontar el tema de la imposible verificación de la existencia de Dios. Su exigencia de aplicar criterios de verificación empírica a Dios contrasta con la tesis, radicalmente protestante, del teólogo G. Ebeling. Según él, es Dios quien «verifica» a los humanos, no a la inversa. G. Ebeling y E. Fuchs son los más señalados representantes de la hermenéutica teológica protestante de la segunda mitad del siglo xx.

El *capítulo cuarto* ofrece una breve panorámica sobre el «estudio positivo del hecho religioso». La religión no es asunto exclusivo de la filosofía y de la teología. También otros saberes, más concretos y constatables, se han volcado en su estudio. Es el caso de la sociología, la psicología, la antropología y la historia. Al tratarse de un fenómeno humano, las ciencias humanas siempre le han hecho sitio. La información que ofrece este capítulo es elemental, la única al alcance de alguien no especialista en esas materias, pero consciente de que un libro sobre Filosofía de la religión no las puede ignorar por completo.

El *capítulo quinto* aborda «la aproximación fenomenológica al hecho religioso». Se trata de un asunto crucial: analizar el hecho religioso desde dentro y descubrir las situaciones humanas en las que se manifiesta, las llamadas «hierofanías», manifestaciones de lo sagrado; se lleva a cabo una somera descripción de las que se consideran más importantes. Obviamente, se pide ayuda a M. Eliade, R. Otto y a otros estudiosos del tema. El recuento de las situaciones humanas relacionadas con lo religioso, de las hierofanías, genera un gran interés antropológico.

El *capítulo sexto*, titulado «Fenomenología aplicada», es estricta continuación del anterior. Se da el salto de las situaciones religiosas a las personas que las encarnaron, a sus testigos y estudiosos. Ante nosotros se alzan las figuras de grandes místicos como el Maestro Eckhart y las de santa Teresa y san Juan de la Cruz. Los tres fueron objeto de conferencias que tuvieron lugar en la Fundación Politeia, en Madrid. Se reproducen, con ligeros retoques, en la forma en la que fueron pronunciadas.

Y, para saber lo que sintieron y pensaron los místicos, en qué consistió su experiencia, se solicita la ayuda de dos grandes estudiosos del tema: R. Otto y W. James. Y, si fuese cierto, como quería Bergson, que en cada uno de nosotros «dormita» un místico esperando ocasión propicia para despertar, R. Otto y W. James estarían a la espera de ese despertar, o tal vez despertaron ya. Los servicios que han prestado al análisis de la experiencia religiosa son impagables. Nada es igual que antes de ellos.

El *capítulo séptimo*, dedicado a las «religiones místicas y sapienciales», prolonga la misma melodía. No sería coherente despedir a los místicos evocados en el capítulo anterior sin informar de que existen religiones místicas y sapienciales. Con todo, debo reconocer que, si recientemente no me hubiese visto «obligado» a pronunciar cinco conferencias sobre las religiones orientales en la Fundación Politeia, tal vez no me habría atrevido a incluirlas en el libro. Mi conocimiento de ellas es bien precario. Mantengo, con algunos «arreglos», el estilo hablado en el que nacieron. Y cualquier lugar —también este— es apropiado para dar las gracias a la Fundación Politeia, con la que vengo colaborando desde hace más de cuarenta años.

El *capítulo octavo* se dedica a las religiones monoteístas: judaísmo, cristianismo e islam. Son las que nos resultan más familiares, las que mejor conocemos; en algún sentido son «las más nuestras». Dada su abrumadora presencia en los grandes filósofos de la religión, tal vez no habría sido necesario dedicarles un tratamiento expreso. Sin embargo, no vendrá mal darles la palabra. Se hace en dos tiempos: en primer lugar, se recuerdan algunos avatares del islam; en segundo lugar, se hace sitio al judaísmo y al cristianismo. Dado su estrecho parentesco, se las aborda conjuntamente. Mayor extensión se les dedicó en mi obra *El cristianismo. Una aproximación*¹.

El *capítulo noveno*, «Los tres grandes filósofos de la religión», pide ayuda, como lo hace J. Gómez Caffarena en su obra *El Enigma y el Misterio. Una Filosofía de la religión*, a las tres cosmovisiones metafísicas de Dilthey para situar en cada una de ellas a Hume, Kant, y Hegel. A estas alturas, el lector está ya familiarizado con ellos, pero ahora se le dedica un extenso apartado a cada uno. En el caso de Kant acudo a algunos apartados de los que le dediqué en *Semblanzas de grandes pensadores*². Añado, eso sí, todo lo referente a su concepción de la Filosofía de la religión. Hume y Hegel, que no tuvieron espacio en dicha obra, acompañan ahora, espero que dignamente, a Kant. Es la gran tríada de la Filosofía de la religión. Su presencia en el libro es tan recurrente que serán inevitables algunas repeticiones. Sobre las repeticiones debo señalar que, dado que algunos textos habían sido publicados previamente, no me ha sido posible evitarlas por completo. Eliminarlas totalmente habría supuesto mutilar algunos textos.

El *capítulo décimo* se titula «Otros filósofos de la religión». Y es que, muy cerca de los grandes, están los hombres y mujeres de la segunda hora, los que vinieron después, pero supieron mirar, con gratitud y voluntad de aprender, hacia sus predecesores. Aporto una selección de ellos, los que me son más familiares: K. Jaspers, M. de Unamuno, J. Ortega y Gasset, X. Zubiri, M. Zambrano, L. Kolakowski, E. Bloch, J. Gómez Caffarena. Todos ellos, ya fallecidos, han enriquecido notablemente la historia de la Filosofía de la religión. Su recuerdo suscita gran admiración y respeto.

El *capítulo undécimo*, «La religión ante sus críticos», nos recuerda que las religiones, sobre todo el cristianismo, están en deuda con sus grandes críticos. Dime quién te critica —se suele decir— y te diré lo que vales. De sus críticos recibieron las religiones estímulo y corrección. Algunos convirtieron al cristianismo en su principal objeto de reflexión. Fueron ellos quienes, de forma ejemplar, sentaron a dialogar a la religión

1. Trotta, Madrid, 32019.

2. Manuel Fraijó, *Semblanzas de grandes pensadores*, Trotta, Madrid, 2020.

con la filosofía. El mayor reto nos continúa llegando de Feuerbach. Algunos de estos críticos (Voltaire, Rousseau, Diderot, Feuerbach y Nietzsche) tuvieron sendos capítulos en *Semblanzas de grandes pensadores*. Este es el motivo de que su presencia en este libro sea más bien fugaz.

Finalmente, el capítulo *duodécimo*, «A modo de epílogo: contra los fundamentalismos», pasa revista a la incomprensible alianza histórica entre religión y fundamentalismo. El universo religioso, forjado a base de símbolos, relatos, metáforas, ritos y cultos, debería ser ajeno a las contundentes y fanáticas seguridades de los fundamentalistas. Sin embargo, con no poca frecuencia han caminado de la mano. Este capítulo intenta desentrañar algunas razones de tan incomprensible alianza. La desactivación de los fanatismos es uno de los grandes servicios que nos presta la Filosofía de la religión. Al filósofo de la religión nunca se le podrá aplicar la definición que ofrece W. Pannenberg: «el fundamentalista es el hombre de la cosa segura». Apenas se encontrarán «cosas seguras» en el ámbito de las religiones y, menos aún, de la Filosofía de la religión.

Por último: el libro se cierra con un apéndice sobre el cultivo de la Filosofía de la religión en España. Es, sin duda, una información muy incompleta, referida únicamente a las últimas décadas. Me gustaría, eso sí, no haber sido injusto con nadie. Si se detectan omisiones —las habrá— solo se deberán a mi desconocimiento.

El *Apéndice*, además de recordar la estrecha relación entre Filosofía de la religión y teología en España, se fija en el impacto de tres libros: los de José L. López Aranguren, Alfredo Fierro y Gustavo Bueno. A continuación, se analiza la contribución de cuatro especialistas que hasta muy recientemente han impartido la Filosofía de la Religión en diferentes universidades españolas y en el Instituto de Filosofía del CSIC: Reyes Mate, Javier Sádaba, Andrés Torres Queiruga y Juan Antonio Estrada. Damos, pues, la palabra a reconocidas autoridades en el tema.

Finalmente: en la vigésima conferencia de sus *Variedades de la experiencia religiosa*, W. James reconocía sentirse «horrorizado por la cantidad de emotividad» que encontraba en su libro. Algo similar le ocurre al autor de este texto. En su descargo solo puede aducir que la dinámica de la investigación le ha llevado a referirse a destacados estudiosos, algunos de los cuales son compañeros de tareas y personas muy cercanas. Por suerte, la mayoría de ellos están aún entre nosotros; otros ya se fueron, pero, para quien escribe estas páginas es como si no se hubieran ido, siguen muy presentes.

Entre los que ya se fueron, dejando una profunda y reconocida huella, merece un recuerdo emocionado y agradecido Javier Muguerza. A él está dedicado este libro. Como su admirado Kant, también Muguerza se «obstinó» en que la Filosofía de la Religión se implantase en la Universidad Pública Española como disciplina autónoma. En parte lo con-

siguió. El autor de este libro se lo agradece, aunque más aún le agradece su entrañable amistad.

Por último: al concluir un libro, el autor es bien consciente de que ha recibido ayuda y estímulo de otras personas. No es posible mencionarlas a todas, pero no renuncio a nombrar a dos que siempre han ofrecido ayuda informática y aliento personal. Me refiero a Sonia E. Rodríguez García, actual profesora de Filosofía de la Religión en la UNED. Su forma de ayudar es sigilosa y delicada, pero bien perceptible y generosa cuando se la necesita. La otra ayuda me ha venido de Carmen Ferrer. Ya mostró toda su reconocida generosidad al leer y «declarar inteligible» el libro anterior, *Semblanzas de grandes pensadores*. Algo parecido ha hecho con este: lo ha leído y asegura que no es necesario pertenecer al gremio de los filósofos para entenderlo, algo que «tranquiliza» al autor, ya que aspira a que los relatos de vida y pensamiento que se asoman a estas páginas den que pensar e iluminen caminos y vidas. Jean-Paul Sartre nos dejó una frase memorable: «Todo ha sido descubierto, salvo cómo vivir». De los hombres y mujeres que evoca este libro nos llegan nuevas y generosas perspectivas de vida.

También mi editor, Alejandro Sierra, ha alentado la gestación del libro. Sus «consejos» —mejor sería decir «sus tímidas y respetuosas insinuaciones»— han pesado en momentos decisivos. Obviamente, más aún ha pesado nuestra ya vieja y profunda amistad.

Mis sobrinillos nietos preguntan si entre tantos nombres «raros» no podrían figurar también los suyos. Son estos: Sara, Marta, Lucas y el más pequeño, y más deseoso de que su nombre «salga», Eric. Ojalá el futuro les sea propicio a ellos y a las generaciones que, como la suya, dan ahora sus primeros pasos.

Agosto de 2021